



DE MAYO A MAYO Y SE ACABÓ EL 68

MAYO ES UN BUEN MES PARA LAS INSURRECCIONES y resulta tentador, ahora que las calles arden otra vez, dejarse llevar por la búsqueda de semejanzas con aquella paradigmática revolución de 1968. Pero no. Ya no. Afortunada o desafortunadamente el 68 ha muerto. Cuando mi hermano Ismael y yo escribimos *Papá, cuéntame otra vez* (y de eso hace casi ya veinte años) pretendíamos ironizar sobre una generación que, tras legarnos una iconografía épica de imborrable belleza, se echó en brazos del sistema renunciando a todo sueño posible. Pero es que, además, con el tiempo hemos descubierto que, en parte, tenía razón Pasolini cuando escribía: «¿de qué hablan los jóvenes de 1968 / de las melenas bárbaras y las chaquetas eduardianas / (...) anarquistas rubiecillos que confunden con perfecta buena fe / la dinamita con su buen esperma / (...) rebeldes enfermos de esnobismo burgués». Y en su libro *Algo va mal* Tony Judt abona la tesis de que, tras la apariencia transgresora del mayo francés y sus diversas derivadas, latía un libertarismo de derechas perfectamente asumible por el sistema, un ideario en sintonía con el más feroz capitalismo. O la defensa a ultranza de lo individual frente a lo colectivo; de la sociedad fragmentada en intereses diferenciados (las mujeres por un lado, los negros por otro, la juventud como valor en sí misma...) frente al concepto de bien común; de la tolerancia (prohibido prohibir) entendida como un relativismo que impide toda confrontación real. Franco Battiato también aportó su verso clarificador: «Las barricadas se alzan / por parte de la burguesía / que crea falsos mitos de progreso».

Y para colmo, a aquella insurrección tan hermosa en forma de fotografía o filmación se sumaron los maoístas, totalitario semillero inagotable de la futura ultraderecha. Véase el caso, aquí en España, de Federico Jiménez Losantos, Pío Moa o Gabriel Albiac.

Tal vez, simplemente sea cierto lo que recuerda Vila-Matas en *El viento ligero en Parma* cuando cita una frase de Daniel Cohn-Bendit: «En realidad, si quiere que le diga la verdad, nuestra revolución se sublevó contra el matrimonio De Gaulle, eso fue todo». No olvidemos que el origen está en Nanterre, cuando Danny el Rojo y sus compinches acosan al ministro de Juventud y Deportes, François Missoffe, para reclamar su derecho a pernoctar en las residencias estudiantiles femeninas. La revolución y nosotros que la quisimos tanto, suspiraría luego con nostalgia Cohn-Bendit.

Está claro. El 68 acabó y lo que ahora está naciendo es algo bien diferente. ¿Pero qué? Seguramente, aunque el miedo a las ideologías impida a los impulsores de esta revuelta llamar a las cosas por su nombre, se trata de reinventar una socialdemocracia que ha renunciado a un programa de mínimos. O dicho con total simplicidad, que la izquierda vuelva a reivindicar, sin complejos, la autonomía del Estado, de la sociedad civil, de los electores, ante los designios implacables de los mercados.

Porque si los jóvenes que ocupan las calles braman «lo llaman democracia y no lo es», lo hacen con la sospecha de que, al final, los grandes partidos tienen políticas económicas casi equivalentes. ¿No es cierto? No del todo. Pero admitamos que tampoco falta razón a los indignados.

Ni esto es París ni 1968 ni sabemos exactamente en qué concluirá esta rebelión callejera que, a través de las redes sociales, ha sorprendido a la clase política aburriéndonos en una de las campañas electorales más mediocres que se recuerdan. Puede que todo esto no lleve a ninguna parte. Tras el 68, echando mano del tópico lampedusiano, cambió todo para que todo siguiera igual. ¿Y ahora? En Grecia los disturbios se suceden mes tras mes y no parece que se mueva nada en absoluto. Los estudiantes bri-

tánicos protagonizaron las mayores algaradas de los últimos años y Cameron sigue firme recortando el Estado del Bienestar que su abuelita Thatcher ya dejó en los huesos. Los jóvenes portugueses se manifestaron masivamente reclamando un futuro para, muy poco después, ser testigos de cómo el FMI administra a su país una cura a base de ricino e imposiciones brutales.

Así que puede que no pase nada y que esta indignación en marcha quede en una tormenta primaveral que, al menos, nos ha mantenido entretenidos un rato. O puede que la revolución esté en marcha y no nos hayamos enterado. Nunca se sabe.

El 14 de marzo de 1968 el diario *Le Monde* publicaba un artículo de Pierre Viensson-Ponté titulado «Cuando Francia se aburre» que denunciaba la modorra de un país inmerso en la molicie intelectual en medio de un planeta convulso. Apenas un mes después los gamberros de Nanterre prendían la mecha de un movimiento que bajo los adoquines buscó la playa para regocijo de la juventud mundial.

Quizá España esté cansada de aburrirse.



El texto anterior se publicó en el diario *El País*, el 19 de mayo de 2011. La rebelión de los indignados había ido creciendo hasta colocarse victoriosamente en el centro de la discusión política. Para pasmo del *establishment*, una corriente de malestar ideológicamente transversal había emergido sin previo aviso, forzando ser atendida. Puesto en marcha el mecanismo revolucionario, la inconmensurable estupidez de un consejero autonómico, el catalán Felip Puig, ordenando el des-

alojo de los acampados en Barcelona, dio renovados bríos a la movilización. En Madrid, la Puerta del Sol era epicentro simbólico de la insurrección. Durante muchos días estuve acudiendo allí para observar la marcha del movimiento. Llevé a cabo un apunte del natural que aquí queda.

¿QUÉ TIENE DENTRO LA #SPANISHREVOLUTION?

BAJAMAR EN LA PUERTA DEL SOL. Triscan bajo los entoldados los barbudos de la Comisión de Amor y Espiritualidad, hay masajes y ejercicios gimnásticos de capoeira, tocan los timbales cuatro jóvenes saharauis, la bandera palestina colorea un esquinazo, han llegado los inevitables *pies negros* que se apuntan a cualquier vuelta, sestean un perro mestizo a la sombra, deambulan por aquí jóvenes y mayores, ancianos ociosos se suman a todo debate, se recogen firmas de apoyo, los turistas fotografían este paisaje de rebelión. La *#spanishrevolution* de Madrid se ha convertido en una feliz Disneylandia utópica que hace las delicias de una ciudad presta a agitarse con todo evento.

En las numerosísimas pancartas se concreta el clamor de la protesta. Frente a lo difuso de las propuestas de regeneración democrática aprobadas en asamblea, lo rotundo de las proclamas escritas a tinta multicolor en papeles y cartones: «No nos peguéis, dadnos trabajo; sus beneficios, nuestras pérdidas; dación en pago; no me jode que haya ricos, me jode que haya pobres; no a la socialización de las pérdidas». Es el clamor de los insatisfechos que, con esta crisis, por primera vez tras muchísimos años, tienen en perspectiva vivir peor de lo que vivieron sus padres. Exigen lo que la izquierda solía pero no quieren denominarse izquierda.

Poseen las virtudes de las nuevas redes sociales (capacidad inmediata de convocatoria masiva, velocidad a la hora de comunicarse, eficaz manejo de las nuevas tecnologías) pero también sus defectos principales: falta de precisión, incapacidad para vertebrar-